

Recuerdos y sueños de un castellano-leonés en Canadá

Jesús Miguel García

Recuerdo que el colegio se nos enseñaba sobre los españoles que emigraron en los años 50 y 60. Los libros de texto nos contaban que más de un millón de personas salieron durante aquella época hacia Inglaterra, Francia, Alemania y países de Hispanoamérica. También recuerdo las noticias del telediario a principios de los 80, con el Rey visitando a miembros de la Colonia española de Montreal. Esa imagen se me quedaría gradada en mi retina, como si de una premonición se tratara.

Nací en Castilla y León en 1968. Un año lleno de significación y sueños de libertad. Aunque crecí y me eduqué en esa ciudad castellana¹ entre gente a la que debo mi formación, mis valores y referencias culturales, muy pronto supe lo que era emigrar.

Con dieciséis años mis padres me mandarían a estudiar a Madrid. Me fui a vivir con mi hermana hasta dos años más tarde. Esta etapa me abrió los ojos y las puertas a un mundo totalmente nuevo y desconocido al que parecía aspirar y ansiar. Quería conocer el mundo; conocer a gentes de otras culturas y lenguas; otras ideologías con diferentes formas de pensar y vivir. Empecé a tener la extraña sensación de que un día, sin saber cuándo ni cómo, me habría de ver viviendo fuera de Castilla y León y fuera de España.

Con dieciocho años regresé a mi ciudad natal. Quería hacer una carrera y, a la vez, estar cerca de mis padres, ya mayores. En el fondo, sabía que, una vez terminara mis estudios, tendría que dejar Castilla y León y, a su vez, a mis padres, que tanto me dieron.

¹ Por lo que narra más adelante, la ciudad en la que nace, al parecer, es Valladolid, aunque parece desmentirlo posteriormente. (N.E.)

Transcurrieron tres cursos en el campus de la Universidad de Valladolid. Quería ser profesor. Mi deseo era enseñar, transmitir el valor de la cultura, del saber y compartir con otros el poder de la palabra, el poder de palabras que aprendí en mi tierra castellana.

Tras terminar magisterio, se me abría la posibilidad de quedarme en Castilla y León. En seguida me llamaron de un colegio. La directora sabía que era el primero de mi promoción y quería que diera clases en su centro. El sueño y la sensación que tuve en Madrid de que algún día viviría en el extranjero me hicieron dejar pasar aquella oferta. En su lugar, decidí especializarme e irme a estudiar filología a Valladolid.

Valladolid era, en cierta manera, salir de casa, a pesar de estar en la misma Comunidad.

Un día me tope con un anuncio del programa Erasmus. “Pon una estrella en tu currículum”, rezaba el cartel. Había oído hablar del programa. Estudiantes de una universidad europea podían cursar estudios durante un período de tres a nueve meses en una universidad de otro país de la Unión Europea. Sin pensármelo dos veces, solicité una beca para ir al Reino Unido. Un tribunal universitario, después de valorar el expediente académicos y el currículum, me comunicó que podía ir a Newcastle, en Inglaterra.

1992 fue un año clave para España: los Juegos Olímpicos, la Expo y Madrid como capital cultural de Europa. Ese año también se convertía en una fecha decisiva en mi vida. Todo parecía dar un vuelco, y aquel sueño, aquella sensación e ilusión que tuve de adolescente, se hacía realidad.

Los tres meses se convirtieron en nueve meses. Y los nueve meses de estudio en el departamento de inglés en la Universidad de Newcastle se prolongaron un año más, hasta terminar mi licenciatura en aquella ciudad extranjera, tan diferente en costumbres, gentes e ideas.

Pero era ese ambiente el que realmente me atraía, el que me hacía alargar mi estancia, renovando contrato tras contrato como profesor de español. Otro sueño de juventud; el de enseñar y compartir mi lengua y cultura, se cumplía.

La sensación de emigración se me hacía bastante diferente a la que muchos otros españoles habían experimentado décadas antes en el mismo país que me había acogido. Y, sin embargo, a pesar de ese calor humano internacional que viví durante casi doce años en el norte de Inglaterra, siempre me supe diferente... forastero, extranjero.

Los designios, y, tal vez, ese ambiente entre gente de diferentes razas, lenguas, costumbres y religiones en el que me movía, hicieron que conociera hace tres años a la que hubiera de ser mi esposa.

Un antiguo alumno mío me presentó a una compañera suya, una canadiense que, al igual que yo, también había dejado su hogar materno para ir

a estudiar, en su caso, a Irlanda, para pasar a trabajar a Inglaterra años más tarde. También ella quería poner sus conocimientos y talento al servicio de otros, en su caso, para salvar vidas.

Ya son también tres años desde que vinimos a Winnipeg, una ciudad en medio de este inmenso país que es Canadá, y ciudad donde viven sus padres.

Somos muy pocos los españoles que vivimos aquí. La mayoría están jubilados o a punto de jubilarse. Algunos ya regresaron a España, otros han fallecido. Todos vinieron en aquellos años en los que España se decía “diferente”. Y diferente es el emigrante que siempre se ve a sí mismo y se le ve de esa manera, diferente.

Hoy no quiero tener historia, quiero tener un destino, un destino unido a la tierra y a unas gentes que me vieron nacer y a los que debo mi lengua y mi cultura, mi identidad.

Siempre he tenido la extraña sensación de que moriré emigrante. A pesar del transcurrir del tiempo, aún queda en mí el joven estudiante que salió de Castilla y León, porque emigrante soy. Siempre llevaré conmigo la letra de aquella canción castellana: “Tierra sagrada que me vio nacer, tierra sagrada donde moriré”.